

CENTROAMERICANA

27.2 (2017)

Direttore

DANTE LIANO

Segreteria:

Simona Galbusera

Dipartimento di Scienze Linguistiche e Letterature Straniere

Università Cattolica del Sacro Cuore

Via Necchi 9 – 20123 Milano

Italy

Tel. 0039 02 7234 2920 – Fax 0039 02 7234 3667

E-mail: dip.linguestraniere@unicatt.it

La pubblicazione di questo volume ha ricevuto il contributo finanziario dell'Università Cattolica sulla base di una valutazione dei risultati della ricerca in essa espressa.

Comité Científico

Arturo Arias (University of California – Merced, U.S.A.)
Astvaldur Astvaldsson (University of Liverpool, U.K.)
Dante Barrientos Tecún (Université de Provence, France)
† Giuseppe Bellini (Università degli Studi di Milano, Italia)
Beatriz Cortez (California State University – Northridge, U.S.A.)
Gloria Guardia de Alfaro (Academia Panameña de la Lengua, Panamá)
Gloriantonia Henríquez (CRICCAL – Université de la Nouvelle Sorbonne, France)
Dante Liano (Università Cattolica del Sacro Cuore, Italia)
Werner Mackenbach (Universidad de Costa Rica)
Marie-Louise Ollé (Université Toulouse – Jean Jaurès, France)
Alexandra Ortiz-Wallner (Freie Universität Berlin, Deutschland)
Claire Paillet (Université Toulouse – Jean Jaurès, France)
Emilia Perassi (Università degli Studi di Milano, Italia)
Pol Popovic Karic (Tecnológico de Monterrey, México)
José Carlos Rovira Soler (Universidad de Alicante, España)
Silvana Serafin (Università degli Studi di Udine, Italia)
Michèle Soriano (Université Toulouse – Jean Jaurès, France)

Dei giudizi espressi sono responsabili gli autori degli articoli.

Sito internet della rivista: www.centroamericana.it

© 2018 **EDUCatt** - Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.22.35 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@educatt.it (produzione); librario.dsu@educatt.it (distribuzione)
web: www.educatt.it/libri
ISBN: 978-88-9335-276-5

ÍNDICE

ENSAYOS

LAURA CHINCHILLA

Cartografías paranoicas. Espacio y violencia en la producción cultural hondureña reciente.....7

SUSANNA NANNI

Cuerpo y memoria. ¿Quién puede borrar las huellas?29

GREG SCHELONKA

Los peligros de mirar. Detectives vigilados en «Insensatez», «El material humano» y «Pasada de cuentas»45

GÜNTHER SCHMIGALLE

Rubén Darío, Camille Aymard y «La Renaissance Latine»69

NICASIO URBINA

Epistola católica a Rafael Arévalo Martínez de Azarías H. Pallais87

ENTREVISTA

DANTE LIANO

Jorge Galán: novela y memoria 111

Instrucciones a los autores 129

Normas editoriales y estilo 129

Sobre el proceso de evaluación de «Centroamericana» 130

JORGE GALÁN: NOVELA Y MEMORIA

DANTE LIANO

(Università Cattolica del Sacro Cuore)

Jorge Galán (San Salvador, 1973) es el seudónimo literario de George Alexander Portillo. Licenciado en Letras por la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, recibió su primer premio en los Juegos Florales CONCULTURA de su país siendo todavía estudiante y, el mérito de ganarlo en tres ocasiones le otorgó el título de “Gran Maestro de Poesía”. Luego resultó ganador en varios premios de poesía como los Juegos Florales de Quetzaltenango (Guatemala 2004), el Premio Adonais (España 2006) y los Premios del Tren organizados por la Fundación de los Ferrocarriles Españoles (2009).

Aunque se ha destacado ampliamente como poeta, también se ha dedicado a la narrativa y a la escritura infantil. Con la publicación de su primera novela, *El sueño de Mariana*¹, obtuvo el Premio Nacional de Novela de El Salvador. En 2013 publicó, en España, la novela *La habitación en fondo de la casa*² que obtuvo un gran éxito europeo y ha sido traducida a diferentes idiomas. La edición italiana salió en marzo de 2016 por Mondadori. En 2015 publicó su última novela *Noviembre*³ en la que ficcionaliza el asesinato de seis jesuitas y dos mujeres en la UCA de San Salvador. A raíz de la publicación se vio obligado a exiliarse de su país por las graves amenazas de muerte sufridas. Ante esta situación le han mostrado su apoyo intelectuales españoles y latinoamericanos. Por *Noviembre*, Galán, en 2016, recibió el Premio Real Academia Española (Ndr).

Los hábitos de la literatura nos han acostumbrado a pensar que una novela puede tener más de un final; que puede no tener un final para que el lector lo adivine, lo imagine o lo sueñe; que puede tener un final engañoso o falso; o

¹ F&G editores, Guatemala 2008.

² Planeta, México 2016.

³ Planeta, México 2015.

que, de todos modos, se aplique la fórmula de Edgar Allan Poe, según la cual toda narración está escrita en función de su desenlace. *Noviembre*, de Jorge Galán, en cambio, tiene un solo riguroso final, drástico e inevitable: el martirio de seis jesuitas en El Salvador, por mano de un escuadrón militar. Lo singular, en esa novela, está en que posee muchos inicios, como si el autor nos sugiriera que cualquier gesto, hasta el más indiferente, puede concatenarse en una serie de eventos cuya relación con el evento inicial parecería casual. Un niño que, desde el autobús, desafía el poder militar mostrando el puño alzado; un novicio vasco que decide ir en misión a un país arcano; un sacerdote que, por ayudar a sus fieles campesinos, es asesinado; un arzobispo que después de ese asesinato obra una conversión interior radical; un presidente de la república atribulado frente a una taza de café. Todos son inicios de una tragedia que es la razón de esta novela, como para recordarnos que hay un prado en San Salvador cuya hierba todavía está invisiblemente ensangrentada, y que esa sangre todavía espera justicia.

Comencemos por una anotación: la narración está construida en modo circular. Inicia con el relato de la masacre y se cierra de la misma forma. En medio, una serie de historias entrelazadas, como los afluentes de un río que van enriqueciendo nuestro conocimiento, historias que por sí solas no tendrían sentido, pero que lo adquieren cuando confluyen, al final, con el relato detallado de un acto, que, en un país católico, impresiona por lo impío, lo malvado y lo salvaje. El concepto religioso de 'pecado' adquiere aquí una encarnación y una materialización mucho más impresionante, porque quienes cometen el sacrilegio de asesinar a sus propios sacerdotes son, al mismo tiempo, fieles católicos de la iglesia que profanan. ¿Tendrán paz en sus corazones los que imaginaron la masacre, los que la ordenaron, los que la perpetraron? ¿Cómo se justificarán delante de su conciencia (todo el mundo trata de justificar sus perversidades)? ¿Lograrán creerse a sí mismos cuando esgriman esas justificaciones ante ese austero tribunal personal?

Los hechos contados por Jorge Galán son los siguientes: la madrugada del 16 de noviembre de 1989, un comando del Batallón Atlacatl (cuerpo de élite del Ejército salvadoreño) bajo las órdenes del coronel Guillermo Benavides, atacó la casa de los padres jesuitas que enseñaban en la Universidad Católica de El Salvador. Los obligaron a extenderse bocabajo sobre la hierba del jardín y los

ejecutaron a sangre fría. Eran el padre Ignacio Ellacuría, el padre Segundo Montes, el padre Ignacio Martín-Baró, el padre Amando López, el padre Joaquín López y el padre Juan Ramón Moreno. El relato se construye a partir de esta blasfemia.

(Al principio del relato policial, el narrador escondía al autor del crimen, y todo el cuento o la novela constituían una peripecia para descubrirlo. Más adelante, con la sofisticación del género, se introdujo una variante: desde el principio sabemos quién es el criminal; lo que interesa es saber cómo y por qué. Esta segunda variante domina la novela de Galán. También, varias apasionantes historias secundarias, algunos personajes notables, las torvas razones de los criminales.)

Sobre todo, hay un personaje no humano que recorre todo el texto: el clima de terror, espeso y vibrante como la niebla de los espejismos, que domina el ambiente de El Salvador en la época del asesinato. Nadie sabe lo que es el terror hasta que no lo ha vivido. Los teóricos escriben: es la sensación de que te puede suceder algo (ser un desaparecido, ser asesinado, ser herido) sin que sepas por qué. La total desaparición de la seguridad que el Estado tiene la obligación de dar a sus ciudadanos. La desconfianza como condición primera de las relaciones con los demás: ya no confías en tus amigos, en tus parientes, en tus hermanos. Por eso es ejemplar un recuerdo de infancia del narrador: va en un autobús urbano, ve a un grupo de soldados, y sin saber por qué, saca por la ventanilla el puño alzado, en gesto de desafío. Los demás pasajeros le gritan aterrorizados que no lo haga: una travesura se puede pagar con la vida.

Me interesa la figura del padre Tojeira, superior de los jesuitas centroamericanos, quien se ve enfrentado a un suceso que, al principio, le parece superior a sus capacidades. En cambio, puesto frente a la realidad, Tojeira descubre uno de los grandes secretos humanos: cuando la historia te lo exige, no eres valiente ni cobarde. Simplemente, haces lo que tienes que hacer. (O no lo haces, y tu derrota es eterna). De ese modo, se enfrenta con gran coraje al mismo Presidente de la República, al coriáceo Jefe del Estado Mayor Presidencial, al desanimado embajador de España, al deplorable espía del FBI y a varios arzobispos. A todos les grita (literalmente) que el responsable del crimen es el Ejército nacional, no obstante la campaña estatal por hacer creer que fue una acción de los guerrilleros del FLMN. Me interesa la figura de Lucía

Cerna, la única testigo del crimen, una de esas mujeres latinoamericanas que no dudan entre la verdad y el miedo. En medio del terror universal de esa época, afirma su voluntad de atestiguar lo que vio, no obstante presiones e incluso luego de ser secuestrada por los servicios secretos en tierra norteamericana. Como tantas otras, Lucía Cerna es una callada heroína de la historia reciente de la América Latina.

En sus diversas ramificaciones por buscar las raíces del crimen, la novela de Jorge Galán relata la ejemplar historia del padre Rutilio Grande; la extraordinaria conversión de Monseñor Óscar Romero, sus trágicos funerales, el amor del pueblo por este pastor sencillo y amoroso, un ser humano por encima de toda ideología, con su rostro de moreno ídolo olmeca, grandes manos de obrero hechas para bendecir y proteger, su inerme defensa de los más pequeños, de los perseguidos, de los últimos; las historias de cada uno de los jesuitas muertos, quien de Navarra, quien de Valladolid, españoles arrebatados de América, de su gente, de su pobre gente.

Hay también, dos conversaciones que marcan el contenido del libro. En una, Tojeira habla largamente con el narrador, muchos años después de que todo ocurrió. Al hablar sobre la posibilidad de llegar a la verdad, el narrador pregunta:

—¿Y se puede hacer algo?

—Insistir.

—¿Vale la pena, padre?

—Siempre vale la pena. Incluso cuando se sabe que puede no llegarse a nada.

—Supongo que lo que dice es como es.

—¿Y ahora vas a preguntarme si los jesuitas murieron en vano?

—La pregunta de siempre, la de todas las entrevistas

—Sí.

—¿Y murieron en vano, padre?

—No⁴.

⁴ GALÁN, *Noviembre*, p. 224.

Esta seca respuesta vale todo el libro. En ese “no” escueto se encierra toda la fe de Tojeira, toda la razón por la que en estos años no ha cejado de luchar por la verdad.

La otra conversación tiene como protagonista a uno de los más importantes teólogos latinoamericanos, el padre Jon Sobrino. El narrador lo entrevista, y al final, le pregunta:

—Padre Jon, ¿por qué cree usted que no es un mártir como ellos?⁵ [La pregunta podría ser capciosa, pues Sobrino vivía en esa casa, pero se encontraba de viaje cuando llegaron a matarlos a todos (nda)].

La respuesta de Sobrino es lapidaria, y ofrece toda la dimensión trágica (también mística) del sacrificio de los jesuitas:

—No soy digno -contestó Sobrino, sin llegar a meditarlo —Porque no soy digno.⁶

Superada la época del realismo mágico, pasada la época de la novela fantástica, pasada la época de la novela abstracta e intelectual, la realidad histórica latinoamericana, con su fascinante dureza y ejemplaridad, vuelve a plantearse como tema generador de ficciones, como afirmación del papel profético del intelectual, como fundamento de una literatura adulta, universal, sustantiva.

⁵ *Ivi*, p. 238.

⁶ *Ibidem*.

*Entrevista*⁷

Jorge, usted se dio a conocer primero como poeta, no sé si después como narrador. ¿Cuál es el motivo del pasaje de un género a otro?

Yo creo que siempre escribí historias y siempre imaginé historias. Solo que no era lo mismo imaginar historias que contarlas, y me costó mucho encontrar la manera de relatar una historia. Mientras que los poemas eran algo que surgía de una manera más natural. Cuando empecé a participar en premios tuve la suerte de encontrar muy pronto un camino en la poesía, pero eso no significaba que no escribiera historias. Siempre escribía historias, solo que el camino hacia la novela me costó un poco más.

¿Y ahora, sigue escribiendo también poesía?

Sí, siempre, simultáneamente. Pero porque el poema es una explosión. El poema de pronto viene, de pronto nace. Hay una estructura en mi libro de poemas, no como en una novela, pero de alguna manera semejante. El poema es algo que viene esporádicamente, mientras que la novela representa un trabajo cotidiano, diario que no se interrumpe ni siquiera los fines de semana.

¿Qué es lo que determina que una idea se convierta en poema y otra se convierta en una narración? ¿Cuál es el hecho que da origen a la idea? ¿El tema? ¿El registro? ¿Qué es lo que hace que algo se convierta en un determinado tipo de expresión?

El tema puede ser el mismo, pero hay una sensación que es inconsciente, casi siempre. Una historia puede comenzar con una imagen, mientras que un poema es algo que nace y que te provoca la sensación de escribirlo con una

⁷ Encontré a Jorge Galán el 15 de marzo de 2017 en el aula NL110 de la Università Cattolica del Sacro Cuore, como parte de las iniciativas que la Cátedra de Literatura hispanoamericana organiza, juntamente al Instituto Cervantes – Milán, cada año académico. Tengo que agradecer a Sara Carini que transcribió, a partir de la grabación audio, la primera versión del texto.

inmediatez. Hablemos de la novela... Una vez había llegado un pariente a visitarnos, un pariente que había llegado de Canadá, yo tendría entre 10 a 12 años, no recuerdo. Estaba con mi abuelo en el salón y este pariente – le juro que no recuerdo quién era, porque de ese momento solo recuerdo una imagen, y es la de mi abuelo contándole – le pregunta cómo conoció a mi abuela y él comienza a contarle que la conoció cuando volvió del Canal de Panamá, porque mi abuelo había trabajado en los años 40 en el Canal de Panamá, como mucha gente de Centroamérica. Y entonces, en ese momento, alguien lo interrumpe, porque llegan a saludar a este pariente. Años más tarde, me doy cuenta de que mi abuelo nunca contó la historia de cómo conoció a mi abuela y que lo único que tenía de su historia era que la había conocido al llegar del Canal de Panamá y siempre me imaginaba que mi abuelo había conocido a mi abuela cuando bajó del tren. Eso no me provocaba un poema: lo que me provocaba era inventar una historia de cómo se conocieron y escribí una novela que se llama *La habitación al fondo de la casa* que es completamente ficción, pero que comienza con ese hecho: un hombre que baja de un tren y conoce a una muchacha. Y de esa imagen nació todo un libro, un libro que además trataba de explicar también como pasamos de tener una sociedad maravillosa que era El Salvador de los años 30, 40, 50, a una sociedad que ahora es una sociedad destruida y una de la más peligrosas del mundo.

*Un poco me anticipó la pregunta que le iba a hacer. Siendo *La habitación al fondo de la casa* una novela donde suceden hechos maravillosos, hechos que podríamos llamar también mágicos, mi pregunta era si esos hechos maravillosos y mágicos tienen como origen personajes reales; por ejemplo, me imagino que la abuela, la gran protagonista de *La habitación*, se basa en un personaje real.*

No, el instante de esas personas conociéndose era real, pero luego todo es absolutamente ficticio. Cuando escribí esa no quise abocarme a la tradición del realismo mágico; lo que yo quería hacer, más bien, era contar una historia a la manera que a mí me habían contado las historias cuando niño. Contar una historia de la manera que nosotros los latinoamericanos, específicamente los centroamericanos, los salvadoreños, tenemos de contar las cosas. Cuando mi abuelo me contaba historias, siempre eran historias que tenían que ver con

hechos extraordinarios y siempre lo hacía en primera persona, como que le habían sucedido a él y de alguna manera el narrador de esas historias trata de imitar eso, y puede ser la historia más extraordinaria pero afincada siempre en la realidad.

Bueno, después de esta novela La habitación del fondo de la casa, en donde efectivamente el clima es maravilloso – yo diría que la palabra, la categoría que más se adapta a esta novela es “una novela de hechos maravillosos” – viene Noviembre y aquí no se puede hablar de un clima maravilloso. ¿Por qué este cambio de registro?

Yo creo que no habría podido contar una historia como *Noviembre* con el mismo registro. *Noviembre* lo que hace es contar la historia de seis sacerdotes que llegaron a mi país, todos españoles excepto uno, salvadoreño, y que fueron asesinados. Es una historia que a mí me conmovía desde siempre. Estos jesuitas mueren asesinados en el año 89 a manos del ejército de mi país, masacrados de la manera más horrenda. Cuando yo llego a la universidad en el año noventa y uno, a la universidad jesuita donde los mataron, la presencia de estos hombres continuaba, estaba allí. Ellacuría, uno de los asesinados, era el rector y tenía una influencia muy grande. Y a mí comenzó a interesarme la historia no tanto del asesinato, sino de las personas. Y me pareció conmovedor. un día al visitar un pequeño Museo que hay en la universidad, el Museo de los mártires. En el Museo están parte de las pertenencias de estos hombres. Un día estaba en el Museo, lo había visitado muchas veces, pero ese día me di cuenta de algo en lo que no había reparado antes: lo que usaban, la ropa que usaban, las pertenencias que usaban, eran una cosa muy pobre, casi miserable. Eso me impresionó mucho, porque me di cuenta de que si alguien como Ignacio Ellacuría, que era una persona eminente, una eminencia de verdad, que podía estar en cualquier universidad del mundo dando una clase, y sin embargo había decidido permanecer en un país como El Salvador, un país del tercer mundo, un país muy pobre, un país que estaba en guerra, además un país que asesinaba a sus sacerdotes porque venía asesinando sacerdotes desde los años 70, si a pesar de todo eso un hombre como él decide quedarse en un país como el mío, por tratar de hacer algo, entonces me doy cuenta de que no sólo era una gran

historia, sino que era una historia trascendental para mi país y una historia realmente conmovedora. La historia de un sacrificio real y un sacrificio que llevó a estos hombres, que creyeron realmente en lo que hacían, a la muerte y a una muerte espantosa. Decir “yo puedo hacer algo por esta gente” y llegar y quedarse ahí y vivir como vivían, comiendo lo que comían, vistiendo como comían era una cosa conmovedora y esa historia que era real, pues no podía contarla de la misma manera que había contado las otras. Tenía que hacerlo de una manera distinta y lo comprendí, así y por eso la escribí cómo salió al final.

El núcleo de Noviembre es la masacre de los jesuitas, que son el rector y los profesores de la Universidad Católica de El Salvador. En países como los centroamericanos, en donde cada intelectual, ya por ser intelectual, es un privilegiado, porque la mayor parte de la población no lo ha logrado hacer por motivos económicos, entonces, eliminar a un intelectual es una barbaridad extraordinaria. Pero además, si añadimos el hecho de que eran sacerdotes católicos en paz, en un país profundamente católico, estamos delante de una profanación, estamos delante de un sacrilegio, estamos delante de una blasfemia. Entonces uno se pregunta ¿por qué sucedió esto? Mi pregunta viene porque noto, no sé si me equivoco, que mientras que hay novelas que necesitan mucha imaginación y mucha elaboración cerebral en esta parece que detrás hay una investigación.

Sí, bueno, una investigación de muchos años. Yo sólo digo que comencé a escribir la novela mucho antes de que supiera que iba a escribir una novela. No fue sólo una investigación de tipo bibliográfico, creo que lo que me sirvió más fue ir y hablar con las personas. Ir y hablarle a la gente y preguntarle a la gente cómo había pasado esos años, cómo había sentido las cosas, qué es lo que había vivido. Eso fue fundamental para mí, me sirvió mucho porque me transmitió un alma que yo no conocía.

A veces uno se imagina que escribir una novela sólo es cuestión de sentarse y escribir, pero en este caso yo creo que no, yo creo que hay mucho más trabajo.

Sí hay muchísimo trabajo, hay muchísimo de eso. Quisiera explicar, en breve, el contexto. Nosotros estábamos en guerra en esos años. El Salvador vivió 12 años de guerra del 80 al 92, cuando se firman los Acuerdos de Paz. Era muy

complicado vivir en ese momento y aún más atreverse a decir algo. Ellacuría era una voz, una voz en el país, por eso, el vacío que dejaron estos hombres al morir es algo que no se ha llenado todavía. Decir algo en contra de lo establecido era jugarse la vida, literalmente, y muchos hombres o tuvieron que huir del país o murieron. Pero sobre las causas, cuando pensamos en por qué los mataron, hay una cosa que es fundamental: Ellacuría había comenzado a hacer un puente entre el gobierno y la guerrilla. Él había sostenido ya conversaciones con la guerrilla para buscar un proceso de paz y asesinarlo era, de alguna manera, dinamitar ese puente. Lo dinamitan, él se estaba sirviendo de eso, pues lo asesinan y se suponía que con eso bueno, el proceso de paz quedaría cortado. ¿Por qué querían dinamitar ese puente? Porque la guerra de mi país hizo inmensamente ricos a muchos militares. Estados Unidos daba al ejército de El Salvador un millón y medio de dólares al día. La oficina de la CIA estaba junto a la oficina del Estado Mayor, en el mismo edificio, puerta con puerta. Entonces, la cúpula del Ejército y la CIA trabajaban juntas. De hecho, hay un testimonio de mi libro, que me lo da el propio Presidente Cristiani, de que en el momento en que mataron a los jesuitas estaban reunidos la cúpula del ejército de mi país con el representante de la CIA. En este caso hay una única testigo del asesinato, esta mujer es secuestrada por miembros de la CIA y del FBI y la tienen secuestrada en los Estados Unidos durante un tiempo. Entonces EEUU suministraba muchísimo dinero y hay testimonios de cómo estos militares se enriquecieron por años y años y años, así que no les convenía que la guerra acabara. En ese sentido no les convenía y eso es un dato real y por eso se prolongaba.

El padre Ellacuría y los otros, menos uno que era salvadoreño, eran españoles. Nada les costaba tomar un avión y regresar a España ¿por qué crees tú que no lo hicieron?

Por lo mismo que he mencionado antes. Ellos querían hacer algo. A ver, hay una cosa que pasa con Latinoamérica: cuando uno conoce a la gente, la gente es entrañable. El pueblo común está formado por personas acostumbradas a vivir en sufrimiento, acostumbradas a no tener oportunidades y de alguna manera siguen siendo cariñosas, siguen siendo amables. Estoy hablando de mis mismos compatriotas, pero es así, es una gente muy sencilla, muy franca, muy sincera.

Cuando he estudiado la historia de los jesuitas, me he dado cuenta de que vivían con las comunidades, hacían mucho por las comunidades: se iban al campo, hacían cosas por ellos. Existía una unión muy fuerte de estos sacerdotes con la gente común, como cuando tenés unos niños que no querés dejar desamparados. Esta gente creía en eso, Ellacuría creía en eso. Tanto es así que cuando comienza la ofensiva militar, porque sucede todo en ese contexto, Ellacuría estaba en España y en lugar de quedarse ahí, pues lo que hace es volver. El enfrentamiento comienza un sábado y él vuelve un lunes. Y ese lunes por la mañana el provincial de los jesuitas José María Tojeira le llama por teléfono y le dice “No vengás, no vengás porque esto está muy peligroso. No vengás”. Y trata de convencerlo de que no vaya y Ellacuría dice “No, tengo que estar ahí, tengo que ir y ayudar a que eso pare”. ¿Que si es un pensamiento ingenuo? Probablemente, pero de todos modos él va. Es un pensamiento lleno de amor, lleno de bondad y de muchas cosas. Y él vuelve. Y vuelve a que lo asesinen.

Esas son historias en las cuales aparece lo que podríamos llamar el amor cristiano y me interesó mucho, en la novela, la historia de Monseñor Romero, cómo monseñor Romero comienza de un modo y termina de otro...

Quiero dejar algo en claro: mi novela no es una novela religiosa. Mi novela es una novela humana. Claro, estos eran sacerdotes. Pero yo no quería una novela política ni religiosa. Lo que yo quería era contar una historia, una historia de seres humanos que hicieron un sacrificio real. Romero es una historia que también a mí me impresionaba mucho, porque Romero era un hombrecillo, un curita, un cura que andaba ahí, con los niños y haciendo cosas y con la muerte de Rutilio Grande, que era un amigo suyo, era sacerdote también y lo matan en el año setenta y siete en el interior de El Salvador, en un pueblo que se llama Aguilares, este hombre, Romero, se transforma. Se transforma, realmente. Y yo recuerdo siendo muy muy niño como todo el mundo escuchaba las homilías de Romero y cómo por la radio mis abuelos escuchaban las homilías de Romero. Y Romero se convierte en una voz, en una voz real, una voz profética que le brinda un consuelo a la gente. El día antes de que lo asesinaran, en la homilía que da en Catedral él les había pedido a los militares que ante la ordenanza de un jefe que dijera que mataran a su prójimo debería

prevalecer el «no matarás» de la Biblia. Es decir, él les pide a los soldados, al ejército, que no reconozcan una orden de un superior. Se los pide. Y también le pide al ejército que cese la represión. Porque había mucha represión, estaban matando muchísima gente, hubo muchas masacres en mi país. Y en ese momento este hombre le decía eso al ejército. Al día siguiente, mientras daba una misa, en un momento extrañamente simbólico, él está bendiciendo el vino y el pan en la homilía y en ese momento un francotirador le pega un tiro en el corazón y lo mata y termina así la historia de Monseñor Romero. Pero era impresionante cómo esa persona, que era una persona dulce, una persona amable, llena de sabiduría, se convierte en otra cosa: se convierte en una voz y se convierte en algo que nos identifica. En mi país nosotros estamos muy unidos y muy identificados con este hombre y no importa que seas católico, evangélico, no importa: este hombre te decía algo y era impresionante. A mí me impresionaba mucho y un día, escuchando una conferencia sobre Ellacuría en el Centro Cultural de España en San Salvador el conferenciante dijo una cosa que me impresionó mucho más: que Ellacuría decía que era verdad que a él podía comparársele con cualquier filósofo-teólogo, pero que no se le podía comparar con Monseñor Romero, porque la calidad espiritual de ese hombre era superior a todo. Y eso me impresionó. Cómo alguien como Ellacuría podía expresarse de esa manera y podía tener semejante consideración con Romero. Por eso en mi novela hablo de Rutilio y de Romero, porque me di cuenta de que todo estaba ligado, que todo formaba una misma línea narrativa que explicaba un momento específico de mi país, un momento en el que estos hombres tomaron la palabra y quisieron hacer algo por sus semejantes. A veces en Europa, especialmente en España, el catolicismo, los curas, se ven de una manera diferente, pero en mi país, en Latinoamérica, muchos sacerdotes tuvieron una labor fundamental y se pusieron hombro con hombro con la gente. Es cierto que hubo de todo, pero muchos hicieron muchas cosas así, sacrificándose hasta el punto de entregar sus propias vidas. Y es una historia conmovedora, y cuando quería escribir *Noviembre* pues mi intención era sacarlos de un libro de historia, sacarlos de un informe y volverlos seres humanos. Que se conociera su historia real, no su historia política o propagandística sino su historia real. Una historia del por qué este hombre de Portugalete acaba su vida en San Salvador casi 40 años después de que salió de

su pueblo. Eso me parecía importante y me parecía una historia que quería contar, una historia maravillosa que quería contar, que quería mostrar.

Hay una parte del libro que no tiene nada que ver con los personajes, digamos, históricos, que más o menos todos conocemos y es la parte en la cual un grupo de muchachos se organiza para ir a ver un barco que misteriosa y mágicamente aparece en las playas del Salvador ¿qué función tiene esta historia?

La función que tenía es que yo quería dar un contexto. Quería explicar cómo se vivía en tiempo de guerra. Primero el contexto de la ofensiva militar que estaba sucediendo y qué es lo que sucedía ahí. En parte no es una historia autobiográfica, pero yo estuve ahí, estuve ahí y era un muchacho, era un niño ahí y no comprendíamos el terror, no lo comprendíamos. Cuando estaban sucediendo esas cosas nosotros salíamos con los amigos y a escondidas de nuestros padres nos subíamos al tejado para ver los aviones que bombardeaban la ciudad, una parte de la ciudad, y nosotros nos subíamos y veíamos aquello con fascinación. No podíamos comprender que los aviones estaban asesinando personas, no lo comprendíamos. Un día iba para el colegio, mi primer día de clase, y estaba esperando el autobús y a unos 30 metros, algo así, pasó un autobús de soldados y un autobús no respetó el rojo y le pegó en la parte de atrás y muchos soldados, porque el camión iba repleto de soldados, salieron volando y cayeron en una gasolinera. Los soldados que quedaron ahí, los soldados que quedaron en el camión todavía, empezaron a disparar al bus y yo estaba a 30 metros mirando aquella escena y, sin embargo, era nuestra cotidianidad y aquello representaba un hecho que podía sorprenderte o que tenías que salir corriendo en dirección contraria, pero no representaba mucho más, no comprendíamos lo que estaba sucediendo. Y yo recuerdo que cuando esas cosas pasaban o cuando había una manifestación o unos enfrentamientos y no ibas al colegio, pues yo hasta me alegraba pues pensaba «hoy no voy a ir a clase» pero no sabía por qué, no podía comprender que es lo que estaba sucediendo. En ese contexto podía ser más importante para nosotros un hecho mágico, un hecho como el del barco que cuento ahí o cualquier otra cosa que estuviera sucediendo en ese momento. De alguna manera la infancia era un muro alrededor de nosotros y no nos dábamos cuenta.

Jorge, la novela tiene una construcción técnica bastante compleja, no es una novela de fácil construcción ¿esta construcción vino espontáneamente o fue planificada antes?

No, fue planificado. Todo detalle fue planificado antes. La construcción de la novela me llevó un poco de tiempo, porque trataba de encontrar la mejor manera de contarla y la voz ¿qué voz iba a tener para contarla? La redacción ya me llevó menos, porque tenía todo preparado, todas las grabaciones, toda la información, todo. Pero la estructura un poco más. Porque no es una historia fácil, creo yo, para contarla; no se pueden contar los hechos, simplemente, porque entonces la gente se aburriría. Es una historia que pasó hace 25 años, sobre curas, no me parecía que fuera tan simple, así que cada detalle está como tratado y muy construido.

Pues tengo que decir que, a mi modesto modo de ver, le salió muy bien. Hay una serie de historias, una central y otras secundarias que se entretajan unas con otras y la novela fluye y uno la está leyendo con mucho interés. Y hay historias pequeñas, como la historia de Lucía Serna, la única testigo, que conmueve mucho, porque es una persona común y tiene un valor y un coraje tremendos porque estando en el lugar donde está ella dice “yo voy a dar testimonio de lo que vi”. Y, no sé... ¿dónde estará ahora?

Lucía está en Estados Unidos. Lucía Serna es la única testigo. Ella no vivía con los jesuitas como las otras dos colaboradoras, ella estaba allí porque por los enfrentamientos que sucedían donde ella vivía se había tenido que ir y había pedido resguardo a Ellacuría. Los jesuitas tenían unas casas que estaba junto a la universidad, que era donde ahora está la radio de la UCA, y ella estaba en una habitación ahí, con su esposo y su hija, y desde esa habitación pudo ver todo lo que sucede. Así que está esta mujeres la testigo y desde entonces, desde el año 89, tiene que salir de El Salvador. Da su testimonio ante un juez y de inmediato sale de El Salvador y vive un periplo terrible, porque llega a Estados Unidos y ahí la iban a recibir unos jesuitas de Miami, pero la CIA el FBI se la llevan y la tienen, hasta que luego, a través de otras gestiones, pueden recuperarla un par de semanas después. Desde entonces vive escondida en los

Estados Unidos. Vive ahí, pero yo no sé si alguna vez podrá volver a El Salvador.

Esperemos que sí, esperemos que El Salvador logre construir un estado tal que le dé seguridad a sus mejores ciudadanos.

Yo no sé si ustedes están al tanto, pero hay un juicio abierto a los asesinos, un juicio que nunca se ha llevado a cabo. Desde España, dado que cinco de los jesuitas eran españoles, la Audiencia Nacional española ha hecho un pedido de extradición que el gobierno de mi país no ha cumplido. Los autores materiales, los que llegaron y dispararon, para ellos sí hubo un juicio. Se condenó a dos de ellos, pero fueron liberados por una amnistía. Así que en este caso, como en muchos otros, no hay culpables. Se sabe quiénes son los asesinos, pero no hay condena hacia ellos y la mayoría (salvo uno que paradójicamente se llama Inocencio Montano, que está en Estados Unidos y está capturado por el gobierno de EEUU y otro que murió, René Emilio Ponce), el resto están en El Salvador, gozan de libertad, obviamente. Alguno está vinculado con la política y ese tipo de cosas, así que están en libertad. Es un asesinato que continúa impune.

Para seguir hablando de la novela, noté que el estilo es bastante directo, hay momentos poéticos en la novela y te quería preguntar si hay una deliberada intención de estilo

Sí, yo me di cuenta de algo al escribir esta novela: que quería que quien contara la historia no tuviera que ser yo. Yo tenía que ser como el maestro de ceremonias o como el que dirige la orquesta y quienes hacen las sinfonías son los músicos y aquí quienes tenían que contar la historia eran Jon Sobrino, era Cristiani y era la gente que había vivido en ese momento. Entonces, era como facilitarles la palabra para que hablaran y eso solo se podía hacer de una manera que fuera muy directa. Hay un momento, cuando se describen ciertas cosas, el lenguaje tiene que llevarse más allá, pero regularmente tenía que ser directo porque no podía ser de otra manera.

Este es un caso de relación casi inmediata entre historia y literatura. ¿Cree usted que la literatura puede influir en cierto modo sobre la historia, que publicar una novela puede tener repercusiones sobre la realidad que estamos viviendo?

Eventualmente sí, pero yo creo que el objetivo de una novela no es repercutir directamente sobre la realidad. En este caso lo que yo quería era que la novela fuera como una memoria y en ese sentido sí puede influir. Yo me daba cuenta de que la historia de estas personas estaba quedando olvidada y cada vez más olvidada. Había una conmemoración que los propios jesuitas organizaban, pero más allá de eso la historia se estaba perdiendo y si pasados 25 años se había perdido, pues, pasados 50 o 100, aquello iba a quedar en el olvido. Quizá ingenuamente yo pensaba que quizás la novela podía significar un recuerdo de lo que había sucedido. Sabía que era difícil y principalmente yo pensé en mi país. Luego la novela ha tenido un recorrido y ha empezado a traducirse, pero originalmente mi intención era contarle su historia a mi país. Contarle una historia nuestra a mi propia gente, una historia muy nuestra y que permaneciera en ellos. Es una alegría darme cuenta de que en el país la historia está significando algo y la lee. Porque es muy significativo, porque El Salvador es un país muy difícil con la cultura, no se lee mucho, no hay muchas librerías, casi no hay biblioteca, no hay apenas editoriales. Sin embargo, me doy cuenta de que la novela está ahí y más allá de todo lo que ha sucedido, pues, permanece. Que es una novela hablando del Salvador y los salvadoreños la leen.

Usted dice que es nuestra hablando de El Salvador, pero yo podría decir también que es nuestra en un sentido mucho más general, porque habla sobre el bien y el mal, habla sobre lo malvado que uno puede ser. ¿Hasta qué punto se puede llegar a ser malvado? Un detalle que no hemos dicho durante todo este rato, probablemente es un lapsus que uno hace por piedad hacia ti mismo o por piedad de la misma historia que está contando, y este detalle es que los militares que asesinaron a los jesuitas, para no dejar testigos mataron también a la cocinera y a la hija de la cocinera. Si tenían alguna razón para matar a los jesuitas, esas muertes son las muertes de los inocentes. Llegar a ese grado de maldad, vernos en el espejo, ver hasta qué punto de maldad uno puedo llegar y también hasta qué punto de bondad se puede llegar. Está esa esperanza de gente que da la vida por

quien ama o da por la vida por lo que cree, que es una cosa muy importante. Y en ese sentido yo diría que es una novela nuestra y tal vez ahí está el secreto de las lecturas que ha tenido esta novela. La última cuestión, la última pregunta, es casi normal: ¿está trabajando en nuevos proyectos de Literatura?

Sí, estoy trabajando en una nueva novela. Una vez un periodista me preguntó que cómo era ser escritor en El Salvador y yo le decía que si bien era un país y literatura sin editoriales lo que sí tenías en El Salvador eran temas. Por dos razones: porque pasan muchas cosas, suceden muchas cosas dramáticas y porque se ha contado muy poco de lo que sucede ahí. Y a mí me interesa contar a través de unos cuantos libros cosas que hayan sucedido en mi país. Es un país que, si bien es cierto ahora es un país terrible, ha sido un lugar maravilloso, un pequeño paraíso tal vez lleno de injusticias, pero un pequeño paraíso. Y yo quería recrear ese paraíso, es como tener nostalgia de lo que no viviste. Y trabajo ahora en un libro que trata un poco de los años 50 y 60. Una historia que explica ciertas cosas situadas en esa en esa época. Me gusta mucho trabajar con ese contexto histórico.